

Mención de Honor del Concurso Literario del MEC y de la IMM, año 2010

La casa de los Rothberg

De Ignacio Martínez

Personajes

Daniel: 78 años, recluso en una silla de ruedas, sobreviviente de la Segunda Guerra, comerciante, gran lector, escritor amateur. Judío polaco que en 1945 tenía 14 años y sale de un campo de concentración para ser instalado en un barco hacia América con destino incierto. Hoy habla perfecto español, polaco y tiene firmes nociones de hebreo. Hombre de familia, temperamento calmo, callado, pero visiblemente muy firme en sus convicciones. Amante de la ópera. El personaje se caracteriza por representar diferentes momentos disímiles de su vida, en edades muy distintas a lo largo de la obra.

Sara: de 76 años, enfermera, también sobreviviente de la guerra, emigrante, amante del teatro, el cine y la ópera. Judía nacida en Dinamarca, de padre polaco y madre danesa. Habla perfectamente el español, el danés y domina algo de polaco. Amante de la lírica. En 1945 ella tiene 12 años cuando emigra con sus padres a Uruguay. Mujer muy firme, de temperamento fuerte y decisiones terminantes. El personaje también representará momentos diferentes de su vida en edades bien distintas.

Música

1) Melodía "Intimidades". 2) Tango. 3) Música de "Uruguayos Campeones". 4) "Nabucco" (Va Pensiero) de Verdi, Coro de los Esclavos Hebreos. 5) "Un bel di

vedremo” de la obra Madame Butterfly de Puccini por Ángela Gheorghiu. 6) “O mio Babbino Caro” por Ángela Gheorghiu. 7) “Nessun Dorma” de la ópera “Turandot” de Puccini, versión Mario Lanza. 8) Efectos de sonidos varios y voces en off.

Escenografía

Interiores. Una mesa con dos sillas, otra mesa pequeña con un teléfono, un aparato de sonido antiguo (Combinado, década de los 60) para discos de vinilo y el marco amplio de una ventana con rejas. Accesorios de cortinas, lámparas. Exteriores. Una tarima en pendiente, como un puente o rampa, alguna rama de árbol, algún tipo de banco de plaza. Algunas prendas de vestir para colgar en una cuerda-tendedero. Utilería: un soporte de suero con rueditas, una caja de 40 cm de lado para encomienda.

Vestuario

Los dos actores deberán tener una indumentaria que les permita pasar rápidamente de ser dos ancianos en la actualidad, a ser jóvenes o de edad intermedia en diferentes épocas del siglo XX. Se recomienda un chal y un abrigo de señora para ella; una gorra y un saco de lana grueso para él, para los momentos en que son ancianos, bajo los que se propone ropa juvenil de los años 50, que permitan poner y sacar con facilidad para producir la transformación de los personajes. En el caso de él deberá haber una indumentaria extremadamente pobre para representar el campo de concentración. En todos los casos los cambios pueden ser a la vista del público.

Sinopsis

Hace más de 60 años que Daniel y Sara se conocen. Viajaron juntos, sin saberlo, en el mismo barco que los trasladó desde el puerto de Gdansk, en el norte de Polonia, hasta Montevideo. Son novios desde que él tenía 19 años y ella 17, en 1950. Se casan hace 52 años, él con 26 años y ella con 24. Construyen la vida con una profunda confianza mutua. Tienen una hija de

nombre Ana. Él es minusválido desde hace algunos años por la evolución que tuvo con la vejez, la rotura de una vértebra a causa de un golpe propinado por un nazi en el campo de concentración cuando era jovencito. Ella se siente mal hace 6 meses y en el comienzo de la obra se sabe que le diagnostican un tumor en el útero en un proceso avanzado. Ella debe operarse de urgencia y luego someterse a tratamiento de radioterapia y quimioterapia. Toda la obra es la conversación entre ella y él acerca de qué hacer con sus vidas a partir de esa nueva realidad. Ella parece estar condenada a morir en un lapso no mayor a un año si no se trata o a padecer una calidad de vida muy sufrida aún si se opera y se hace el tratamiento. Él sabe que sin ella su vida no podrá continuar en esas condiciones y tal vez tenga que ser instalado en una casa de salud, cosa que no quiere. Durante toda la obra realizan el repaso de sus existencias y los dos actores reviven momentos de sus vidas bien separadas en el tiempo. Cada cuadro escénico transita por diferentes etapas de la vida de cada uno, que se irán sucediendo en escena, cambiando pequeños detalles del vestuario de tal manera que les permite representarse como adolescentes o personas de mediana edad o ancianos. La obra comienza y termina en el momento actual. En su desarrollo se transita por el final de la guerra, en la Europa de 1945; en el Montevideo de 1950; el Montevideo de 1958-60 cuando nace la hija Ana y las décadas de los años 70-80 cuando él es detenido primero como prisionero político en tiempos de dictadura y liberado varios años después. La fidelidad, la enorme capacidad humana de vivir tantas situaciones límites en una sola vida, el amor, la voluntad de decidir la vida que se quiere vivir, el valor de la espiritualidad, el humor y la alegría, son elementos que estarán permanentemente en la vida de los dos personajes donde cada individuo, a pesar del entorno familiar y social muy intensos, debe enfrentar solo la esencia de muchos momentos de la vida y la toma de decisiones trascendentes. La trama conduce a una muy posible decisión de autoeliminación de ambos, pero también deja abierta la puerta para no hacerlo y permitir que la vida determine sus desenlaces.

Comienzo de la obra

Se enciende la luz. Se escucha “Nessun Dorma” de la ópera “Turandot”, de Puccini. Suena el teléfono. Entra Daniel maniobrando su silla de ruedas. Se dirige al aparato de sonido, lo apaga y se traslada hasta el teléfono y atiende.

Daniel: ¿Hola? ¡Hola hija!, ¿cómo estás? Yo estoy bien. No, tu madre aún no ha vuelto del médico. Y vos sabes cómo es tu madre. Sí, claro, yo no la iba a dejar ir sola, me le paraba delante y chau. *Risas.* Sí, fue con Esther, quedate tranquila. ¿Cómo? No, ya sabés, ella no quiere saber nada con esos celulares. Y bueno ¿qué querés que haga? Yo sí, siempre tengo el que me diste, por las dudas. Ah sí, sólo para hablar. No, eso de los mensajes no lo entiendo y además tiene letritas muy chicas y voy a escribir cualquier cosa. ¿Te imaginas qué puedo escribir con estos dedos de morcilla que tengo? *Risas.* No, encima mío tampoco... mirá si voy a andar con él todo el día. Quedate tranquila. Ni bien llegue le digo que te llame o te llamo yo. ¿Cómo están los muchachos? Y bueno, están en la edad, son jóvenes, dejalos tranquilos, ya nos visitarán. Claro, ¿cómo el va a Ariel en sus estudios? Comprendo. ¿Y Micaela cómo anda...? Dejala que disfrute su matrimonio. Nosotros somos dos viejos y para ellos venir a visitarnos debe ser un aburrimiento. Ya vendrán, ya vendrán. Bastante nos visitaron cuando eran niños ¿Vos vas a venir? ¿No? ¡Ah! Bueno, no importa. Te esperamos el fin de semana. Sí, te llamamos. Ni bien vuelva del médico te llamamos. Ah, no sé si venían directamente para casa o iban a tomar un té por ahí. Bueno, sí, claro... Yo también te quiero. Chau.

Se oye una puerta. Entra Sara, se quita el abrigo, deja la cartera sobre la mesa.

Daniel: Ah, ya llegaron.

Sara se acerca a Daniel y le besa la frente.

Sara: No, volví sola. Esther se tomó el ómnibus para su casa. Yo le dije que no se preocupara, que llegaría bien y aquí estoy. No quise que me acompañara.

Daniel: La debiste dejar que te acompañara. Mirá si te pasa algo. No hay que llevar cartera. Eso atrae a los ladrones. Te dan un empujón y te tiran. ¿Cómo te fue?

Sara: Ay, no exageres. No van a poder tan fácil conmigo.

Daniel: Sí, creete. Uno ve las noticias y ya no sabe qué pensar. Yo no digo nada porque estoy siempre adentro, pero vos, por ahí, sola. Cada vez que salís yo quedo como un... ¿Cómo te fue?

Sara: Preferí llegar sola a casa y ya ves, acá estoy. No le iba a andar pidiendo a Esther que me acompañara hasta acá. Después le queda a trasmano para su casa. Vos bien sabés. ¿Llamó alguien?

Daniel: Sí, llamó Ana y me pidió que te dijera que la llames. Se notó preocupada, así que llamala. Sara ¿qué dijo el médico?

Sara: Sí, después la llamo.

Daniel: Ana quiere saber cómo te fue con el doctor. Pero bueno, ahora contame a mí ¿Qué te dijo? ¿Tenía los resultados?

Sara hace silencio, va y viene como buscando algo. Sale y vuelve a entrar con una tetera que deja sobre la mesa. Daniel la observa incómodo, presintiendo que algo sucede.

Daniel: Sara, vení, sentate. Deja eso para después. Contame.

Sara: ¿Querés un té?

Daniel: Quiero que me cuentes, por favor. ¿Qué te dijo?

Sara: Sí, ya voy. *Vuelve a salir y a entrar.*

Daniel: Sara...

Ella hace como que no lo oye y se pone a arreglar algo.

Daniel: Sara, por favor

Ella se detiene y saca unos papeles de su cartera. Se acerca a él. Toma asiento. Él cambia de expresión como si supiera que algo está mal. Ella baja la cabeza. Estira el brazo con los papeles, alcanzándoselos. Él se acerca para tomarlos. Él la mira con sorpresa. Ella no termina de pasar los papeles. Cuando él los toma ella levanta la cabeza y lo mira.

Sara: Sí Daniel, hay un tumor importante en el útero.

Daniel: *Mueve la cabeza para un lado y para otro. ¡Pero qué...! ¡Co...! ¡No pued...! Sara....*

Se apaga la luz. Se siente la música de "Uruguayos campeones" y algarabía de gente, bocinas, silbatos. Año 1950. Se enciende la luz y reaparecen Sara de 17 años y Daniel de 19 años. Vienen bailando desde rincones opuestos del escenario hacia el centro donde sin querer se chocan. Ambos hacen como que están en medio de una multitud. En este momento ambos actores dejan deslizar cierta tonalidad extranjera en sus parlamentos.

Daniel: ¡Oh, disculpe!

Sara: Fue mi culpa.

Daniel: ¡Culpe culpa! *Risas* Cuidado que la van a llevar por delante.

Alguien la empuja hacia él que la contiene en sus brazos.

Daniel: Mejor vamos a correr para este lado. Nunca había estado en medio de una multitud tan loca. Me llamo Daniel.

Sara: Yo tampoco, pero parece que los uruguayos son así. Yo soy Sara, pero tú no eres uruguayo...

Daniel: ...y tú tampoco.

Sara: Tampoco, se dice tampoco.

Daniel: Yo soy polaco. Nací en Polonia y hace cinco años que vivo acá y todavía tengo algunos líos con el idioma.

Sara. ¡Mi papá también es polaco! Yo nací en Dinamarca. Mi madre es danesa y...

Daniel: Todos somos judíos ¿no?

Sara: ¿Te diste cuenta?

Daniel: No sé, me pareció. Los judíos tenemos la misma nariz. *Risas*

Sara: Y los polacos tienen los mismos cachetes colorados. *Risas*

Daniel: Los hijos de los polacos también ¿Dónde vivís?

Sara: En mi casa con mis padres. *Risas* No, en serio. Vivo en el barrio Reus, al norte.

Daniel: ¡Yo trabajo ahí!

Sara: ¿Dónde? ¿En mi casa o en el barrio de los judíos? *Risas*

Daniel: En Casa Hada que tiene de todo.

Sara: ¿Qué está por Arenal Grande?

Daniel: La misma.

Sara: Yo voy ahí a comprar cosas. ¿Nunca me viste? Yo nunca te vi.

Daniel: Trabajo en la parte del depósito. No estoy con el público en el mostrador. Debe ser por eso. ¿Vas para el Estadio?

Sara: Sí, parece que allí llegan los campeones y todo el mundo va para allá.

Daniel: Después podemos volver caminando al barrio ¿No te parece?

Se termina la música.

Sara: Pero tú no vives allí ¿o sí? Lo que me parece es que te conozco.

Daniel: A mí también me pareces conocida. Yo vivo en una pensión de General Flores, más hacia Goes.

Sara: ¡Ah, sí, por ahí hay muchos alojamientos! ¡Ya sé donde te vi! ¿Hace cinco años que estás acá?

Daniel: Sí, ¿Cómo sabes eso, sos adivina?

Sara: ¿No viajaste para aquí en un barco griego llamado Acrópolis?

Daniel: ¡Sí, claro! ¡Qué memoria! ¡Vos también viajaste con tu familia! Ahora te recuerdo. Que casualidad. Por eso vos también me resultaste una cara conocida. ¿Te parece de volver al barrio, después?

Se oye cada vez más fuerte la música y voces de mucha gente, griterío de fiesta y bocinas.

Sara: ¡Sí! ¡Me parece!

Daniel: ¡Bueno! No nos separemos.

Sara: ¡No te separes tú. Sigue a este grupo de muchachas. Todas vamos a volver al barrio!

Se oye muchísimo ruido y los dos salen de escena empujados por una multitud. Se apagan las luces. Se termina la música y el bullicio. Cuando se vuelve a encender la luz, él está solo, nuevamente viejo, y en la silla de ruedas.

Daniel: ¿Así que los únicos que sabríamos de tu enfermedad seríamos vos, tu amiga Esther y yo? No te entiendo. ¿Pensás ocultárselo a nuestra propia hija? Yo sé que ella tiene sus problemas y sus preocupaciones, pero me parece que tiene derecho a saber. Aunque también es cierto que puede esperar. Bueno, no sé, yo te acompaño. ¡Qué voy a decidir sentado en esta silla!

Sara entra.

Sara: No quiero ser el comentario de toda la familia. Ya hablé con Esther y ella va a guardar silencio. A ti te pido lo mismo.

Daniel: Contá conmigo, pero explicate, ¿por qué lo hacés?

Sara: Lo que sucede es que no sé si voy a hacer todo lo que el médico me dice. De la operación me dan una versión. De la radioterapia y la quimioterapia me dan otra versión. Y no sé si quiero verme metida en todas esas cosas.

Daniel: Pero qué me decís. ¿Me estás planteando, Sara, que no le vas a hacer caso a los médicos, que no vas a hacer el tratamiento?

Sara: Te estoy planteando que no son las únicas dos alternativas. Quizá deje todo como está para que la madre natura haga lo que deba hacer y todo siga su curso.

Daniel se acerca, la toma de la mano sin separar sus ojos que buscan los de ella que no lo mira.

Daniel: Pero, Sara, mi amor, ¿Qué estás diciendo? ¿Cuáles son las otras alternativas? ¿Medicinas alternativas de yuyos y esas cosas? ¿Dejarte estar hasta que ya sea demasiado tarde? Creo que hay que probar. Mucha gente se mejora con esos tratamientos. Si no los probás nunca vas a saber. Si vos te morís yo me muero contigo...

Sara: No digas pavadas. Vos estás bien. Cuidado no te falta. Lo de ir a una casa de salud vos mismo lo planteaste hace tiempo y bien sabés que no son tan malas. Hay algunas que las podemos entender como un retiro o algo así, no como una residencia para enfermos porque además vos no

Daniel: ahora estamos hablando de tú salud, no de la mía. Estamos hablando de tu vida, Sara, de decidir qué vas a hacer con tú vida.

Sara: Daniel, también puedo decidir yo cuándo quiero morirme ¿no? De eso también hemos hablado alguna vez.

Se apaga la luz. Se oyen ruidos de balas, bombardeos, gritos. En medio de luces intermitentes los dos actores salen de escena y vuelven por los extremos

del escenario, él vestidos como joven harapiento, preso en un campo de concentración, con una saco todo roto y sucio, zapatillas y pantalón en estado deplorable y una gorra también muy vieja; ella como jovencita que espera en un puerto lista para embarcarse lejos, con un sombrero y una pequeña maleta. Año 1945. Daniel hace su monólogo como si hablara con presos a su lado. Los hace como si estuviera espiando, de cara al público, junto a otros presos. Es muy joven, 14 años. Se enciende luz sobre él. Ella queda en relativa penumbra.

Daniel: Los alemanes se están yendo. Mira. Están cargando sus cosas en aquellos camiones y se están quitando sus uniformes. Algo está pasando. No, no creo. ¿Qué dices? ¿Que se terminó la guerra? ¿Qué va a ser de nosotros? Sí, tienes razón, mejor no nos mostremos mucho. No sea cosa que antes de irse nos maten a todos. ¿Cuántos somos? *Mira al público.* Somos muchos los que estamos presos, pero no tengo idea de cuántos, en realidad. La mayoría no puede ir a ningún lado. Tenemos que ayudar a los que no se pueden mover. Yo estoy bien. Me pongo una bufanda como faja. No sé bien qué tengo, pero una vez me pegaron en la espalda. Sí en la cintura. No, no. Sí, puedo caminar, señor. *Sonido de aviones* ¡Aviones! ¿Serán aviones aliados? Sí, claro, y si son aviones aliados es porque las tropas llegarán pronto. No están bombardeando. Es cierto, nadie los resiste, por eso no bombardean. En ese caso también pueden ser aviones nazis ¿Qué dice? ¿Están amenazando a los nazis y reconociendo el terreno? ¿Son aliados, entonces? Sí, está bien, haré silencio. Usted es militar y sabe de eso. ¿Pronto seremos libres, no? ¿Dice que nos van a liberar? Sí, está bien, me callo.

Se comienza a oír toda la pieza “Nabucco” de Verdi. Daniel se pone de pie, gira, danza, sueña con los brazos en cruz, mirando el cielo, mientras se oye la música y siguen los sonidos de aviones. Daniel asciende y desciende por la rampa. Habla con unos y otros.

Daniel: No sé, señor. No tengo ni idea qué es lo que voy a hacer cuando salga del campo. Quizá me dedique a buscar a mi familia. Sí, a mi padre, a mi madre

y mis hermanos. Tal vez vaya luego para el puerto de Gdansk, al norte. Allá tal vez pueda encontrar trabajo en algún barco. Siempre me dijeron que hay que estar cerca del mar. No, señor, yo nunca vi el mar, pero él es bueno y nos ayudará a salir de aquí. ¿Quién? El mar, señor, el mar.

Daniel entra en penumbras. No hay más música ni sonidos. Sara hace su monólogo en actitud de estar en una fila de personas que se van a embarcar con su maleta de mano y unos papeles. Es muy joven, una niña de 12 años. Está sobre la tarima ascendiendo al barco.

Sara: ¿Cómo es América mamá? ¿Por qué nos vamos tan lejos? ¿Qué idiomas hablan en ese país? ¡Ah! Tendré que aprender. Yo puedo dedicarme a trabajar haciendo costuras y papá seguramente va a encontrar trabajo en alguna fábrica. Sí, claro. Tú con la cocina te vas a defender y yo también te puedo ayudar. Después quiero estudiar. No sé, mamá, me gustaría ayudar a la gente. Tal vez enfermería no sea tan difícil ¿no? Pronto abordaremos mamá. ¡Cuánta gente viaja para el sur! Aquí, tiene mis papeles.

Vuelve a oírse la música de “Nabucco”. Sara desciende y mira su entorno con sorpresa. Aparece Daniel un poco más arreglado y lleva un bolsito como atado de ropa. Se dirige hacia donde está Sara. Ambos están a bordo. Él mira para todos lados, también sorprendido. Daniel se coloca detrás de Sara y ambos, se acercan al proscenio mirando la lejanía, hacia donde va el barco alejándose del puerto. Por momentos miran hacia atrás como si dejaran su tierra y sus pasados para siempre. Se apaga la luz lentamente. Los actores van hacia el final de la penumbra. Termina la música. Se oye varias veces la bocina de un barco. Reaparecen Sara y Daniel esta vez como jóvenes un poco mayores, él de 19 y ella de 17, tal cual estaban en los festejos de 1950.

Daniel: Si seguíamos en los festejos íbamos a terminar arruinados. Ahora somos campeones de fútbol pero no campeones de resistencia física. *Risas.* Yo no doy más. Me duele la espalda.

Sara: ¿Te golpeaste?

Daniel: No. Es que una vez, en Auschwitz me rompieron una vértebra acá en la cintura y cada tanto se anuncia y me duele. No puedo estar mucho parado ni mucho sentado porque, bueno, pero eso no importa. ¿Para donde vas?

Sara: Pensaba ir para casa. A mí también me duelen los pies y dije que volvería temprano.

Daniel: Te acompaño. Vamos juntos. Nunca pensé que los judíos íbamos a tener un barrio entero en este país lejano. *Risas.* ¿Sabías que le dicen barrio de los judíos, no?

Daniel queda en penumbras. Sara se adelanta y mira para su pasado.

Sara: Qué rápido es todo. Necesitamos encontrarnos. Es como si no pudiéramos perder ni un solo instante de nuestras vidas. Daniel tiene 19 años y yo apenas 17, pero los dos presentimos que estamos viviendo de regalo, que la muerte nos ha perdonado en algún lugar de Europa o de la vieja Polonia y que aquel barco milagroso, en el puerto de Gdansk, nos guardó dos lugares para que viniéramos al sur. No creo en la casualidad. No. Tal vez sea la voluntad de dios que estemos juntos.

Daniel es iluminado y Sara queda en penumbras.

Daniel: Yo no tenía ni idea de este país y de este puerto. Mi intención era quedarme en el puerto de Santos, en Brasil, pero no nos dejaron bajar y el barco siguió para Buenos Aires que también estuvo en mis propósitos. Sin embargo terminamos aquí y mi vida tomó rumbos definitivos. Quizá Sara sea también parte de mi rumbo definitivo.

Se oye la melodía "Intimidaciones". Sara y Daniel comienzan a acercarse haciendo cierta coreografía de atracción y enamoramiento, mirándose y

acercándose lentamente. También se escuchan ruidos lejanos de guerra que se van apagando, dejándole lugar a la melodía. Ambos se abrazan y se besan en el escenario, pero luego de esos breves momentos de amor, van adoptando lentamente posiciones de ancianos, encorvándose, moviéndose con dificultades, ella ayudándolo a él a pasarse a una silla común, donde la idea es insinuar que acaba de dejar por un momento la silla de ruedas. Ambos son ancianos otra vez.

Daniel: Está bien. No hagas mucha fuerza. Yo puedo solo. Si es que tengo algo a mano para agarrarme, puedo solo, no hay problema.

Sara: Algo para agarrarte, pero que no se te mueva como para que termines en el suelo, como la última vez. Y yo me muevo mucho, también, aunque te puedo agarrar todavía.

Daniel: Si, es cierto, los muebles me aguantan, pero no me pueden agarrar.
Risas.

Sara: Me tenés a mí, viejo decrepito *Risas de ambos.* No soy ningún mueble, aunque ya me parezco bastante a un viejo aparador o peor aún, a un viejo cristalero. *Risas.* No sé hasta cuándo te voy a poder ayudar porque ahora la decrepita soy yo. Estoy apolillada por dentro. *Risas* En este mismo instante me debe estar comiendo el bichito taladro. *Silencio. Se miran serios.*

Daniel: No digas esas cosas. Te vas a curar. Hemos pasado por tantos momentos que supimos superar, que este también lo vamos a solucionar. Ya vas a ver. La medicina ha avanzado mucho y

Sara: Nadie vive eternamente. Algún momento deber ser el definitivo y como te dije, la radioterapia no me convence para nada y la operación tampoco, así que no sé. Veremos. Reconozco que tenía que haber ido al médico ni bien me detecté las primeras pérdidas, pero vos sabés cómo son las cosas.

Daniel: Propias de una cabeza dura. Dejaste pasar esos sangrados. Pero no es momento de andar recriminando nada.

Sara: No, más te vale. No es momento. Mirá quién habla. Cuando empezaste a notar que se te dormían las piernas vos tampoco fuiste al médico, ¿te acordás? así que no hables ahora de mi problema. Los dos hemos sido bastante cabeza dura en la vida. A veces sirvió y otras no.

Daniel: Esta ha sido una de ellas.

Sara: Éstas, dirás. Como te dije, lo mismo hiciste vos cuando...

Daniel: Tengo que ir al baño.

Sara: ¡Zás, lo que faltaba!

Daniel: Y, bueno, con estos movimientos de aquí para allá y estas recriminaciones, las cañerías se ponen en movimiento también y por suerte todavía controlo algo de la cloaca trasera y esa barométrica funciona bastante bien. ¿Tenemos pañales?

Sara: Sí, tenemos, pero tengo que ir a comprar más. Creo que tenés cuatro o cinco en la cómoda del cuarto, pero ahora vamos a apurarnos. Para ir a comprar ya es tarde.

Daniel hace un gesto de enojo y se golpea las piernas.

Daniel: Ya es tarde para otra cosa.

Sara: Lo que te digo. Es que la farmacia de la otra cuadra sé que tiene de esos pañales, pero creo que no debe estar abierta a esta hora. Ya es muy tarde, Daniel.

Daniel: Yo digo que ya es tarde porque ya me cagué.

Sara: ¡Daniel, por favor!

Se apagan las luces. Se oye llanto de niña. Se encienden las luces y Sara y Daniel vuelven a estar jóvenes entre 25 y 28 años. Ella carga una beba.

Sara: Los pañales están en la cómoda. Andá a buscarlos mientras yo pongo algo de música. Ana debe conocer el sabor de las mejores melodías desde chiquita.

Daniel va para un lado. Ella, mientras tanto, hace que deja la niña en un lugar y coloca un disco en el aparato de sonido y comienza a oírse “O mio Babbino Caro” por Ángela Gheorghiu y se establece un momento de mucha ternura entre Sara que vuelve a upar a su hijita. Daniel sale de escena porque sigue buscando los pañales. Termina la música.

Daniel: *Grita desde fuera del escenario.* ¡No encuentro los pañales!

Sara: No, en esa cómoda no los vas a encontrar. Quizá algún día tengamos los nuestros. *Risas.* Están en la cómoda del cuarto de la nena, hombre. Son para ella. Están dobladitos y planchados en el primer cajón. Tiene que haber como diez. Pero no te hagas el distraído. Esta vez la cambiás vos.

Daniel: *Entrando con pañales de tela.* Está bien, pero no te vayas de al lado mío.

Ambos actores simulan el cambio de pañales de la beba sobre la mesa.

Sara: Primero tenés que sacar todo eso.

Daniel: ¡Qué maravillosa cantidad, nena! Si fuera oro.

Sara: Ahí hay papel higiénico, pero también podés usar esos trapitos. Bien. Después hay que limpiarla. No, así nomás no. Hay que limpiarla completa. Así está mejor. No, ¡cómo la vas a vestir sin ponerle... eso es! Talco ahí y en estos bordes ponele esa pomadita.

Daniel: Mágico este doctor Selby. Sirve para todo. Cuando sea viejo también me voy a poner.

Sara: Por ahora ponele a la nena. No creo que precises.

Daniel: Nunca se sabe. Nunca.

Sara: El pañal se enjuaga. Quitale todo lo que tenga y lo ponés en la palangana que ya tiene agua con jabón. Si querés, lavalo y colgalo. Está feo. Puede llover. Mejor colgalo en la cocina.

Daniel termina su trabajo y carga a la niña otra vez. Ambos salen de escena como para el cuarto. Se oye brevemente "Nabucco" (Va Pensiero) de Verdi. La música se detiene porque suena el teléfono. La luz del escenario es más tenue. Vuelve a entrar Daniel, pero esta vez como un cuarentón, visiblemente nervioso. Están en 1973.

Daniel: Hola hermano, qué suerte que llamaste. Estaba preocupado por vos. Y bueno me dijeron que habías... Sí, ya sé que fue otro compañero. Ya me dijeron ¿Sabés algo? ¡Ah, menos mal! ¿Y lo han podido ver? Bueno, al menos se sabe dónde está. Sí, claro que podés venir. ¿Venís solo? No, aquí con hay problema. Se quedan a cenar. Los espero.

Entra Sara también como mujer cuarentona.

Sara: ¿Quién viene?

Daniel: Sergio con dos compañeros más. Creo que los están buscando. Me pidió para quedarse en casa unos días. ¿Qué te parece?

Sara: ¿Los tres?

Daniel: No, no creo. Será alguno de ellos. Quizá el mismo Sergio. Para los tres no hay lugar, aunque siempre el lugar se hace ¿no? Pero, la verdad, no sé qué necesitan.

Sara: Está bien. Hay que ayudar. No podemos hacer otra cosa. Es lo mínimo ¿no? Tenemos que ser generosos y agradecidos, pero me asusta.

Daniel: A ver qué te parece. Estuve pensando que también puedo poner a alguno en el negocio, como si fuera sereno y así se podrá quedar de noche sin problema. Si de día no se deja ver y andamos con cuidado, todo va andar bien. Ellos son muy responsables.

Sara: Buena idea. Si se llegara a saber vos podés decir que lo contrataste porque te lo mandó un conocido, alguien que esté en el exterior.

Daniel: Sí, en ese caso ya ayudaríamos a dos. Sergio me dijo que también iba a traer algo para guardar y se me ocurre que...

Sara: Sí, también en la tienda podemos tener lugar. El sótano es ideal. Entre tanta cosa que hay allá abajo, le vamos a encontrar un sitio. ¿Qué tipo de cosa es?

Daniel: No sé. No me lo dijo, pero si lo trae él, no debe ser nada voluminoso. Quizá una bolsa con algo. No sé. Capaz que son boletines. No hagamos conjeturas. Cuando venga sabremos. No vamos a tener ningún problema, ya verás.

Sara: No, claro, no otra vez.

Los dos se quedan mirando mutuamente. Se oyen sirenas, ruidos de portazos, voces de hombres: “Por acá. Judío de mierda. Comunista. Comunicado de las Fuerzas Conjuntas”. Todo se da en medio de luces intermitentes. Daniel y Sara corren de un lado para otro. Llanto de niña.

Sara: *Desesperadamente ¡Daniel!*

Daniel: *Saliendo de escena como si fuera llevado por dos hombres, con los brazos hacia atrás. Todo va a salir bien, Sara. No te preocupes. Cuida mucho a Ana.*

Sara: *No te preocupes vos. Ella va a comprender.*

Se vuelve a oír “Nabucco” (Va Pensiero) de Verdi. Daniel queda en un rincón de la escena en penumbras. Sara dramatiza con sutil coreografía tres situaciones que se delimitan por tres focos de luces diferentes: lava y cuelga ropa en una cuerda; trabaja en el sanatorio (llevando un soporte de suero como si atendiera a un paciente) y selecciona y pone insumos como alimentos y artículos de higiene personal en una caja que luego utilizará en la escena siguiente. Las tres situaciones se pueden repetir. La música termina. Se ilumina el escenario. Daniel está preso. La mesa y las dos sillas se pueden utilizar como mobiliario de una habitación de visita carcelaria. Sara llega con la caja. Él ya está sentado cabizbajo. Ella deja la caja como si hubiera un guarda que la toma, se dirige a la mesa, toma asiento comenzando la visita.

Sara: *Daniel, querido, ¿cómo estás? ¿Cómo has pasado?*

Daniel: *Bien. Como siempre. ¿Recibiste la carta con el pedido?*

Sara: *Creo que te traje todo lo que me pediste. Espero que dejen pasar todo. ¿También pediste yerba?*

Daniel: A los compañeros les va a encantar. Vos sabés que yo no tomo mate pero ellos. A veces pienso que algunos dormirían adentro de una bombilla, mirá.

Sara: Mirá que decís cosas. Bueno. También te traje pasta de dientes, otra toalla, antisudoral.

Daniel: Uno debe estar prolijo. Si se deja estar, termina derrumbado.

Sara: No sé si dejarán entrar los dos libros.

Daniel: ¿Qué libros me trajiste?

Sara: El de ajedrez y aquel de matemáticas. Esos son los que pediste ¿no?

Daniel: Está muy bien. No sabés cuánto nos ayuda leer. A veces no dejan, pero mi compañero y yo tratamos de agarrar todo lo que tenga letras.

Sara: ¿Cómo has pasado? ¿Te curaste de la gripe?

Daniel: Sí, estoy bien. Aquí hacemos todo lo que podemos. Aunque vos no lo creas estoy aprendiendo el oficio de panadero. Hay dos muchachos que nos están enseñando y yo enseño contabilidad. ¿Cómo está Ana?

Sara: Bien. En sus estudios. Allá quedó en casa. Esther la acompaña y también la está ayudando a prepara un par de materias. En la próxima visita viene. No salió a vos con las matemáticas. Es una muchacha para humanístico.

Daniel: Desde chiquita ¿no? Pero yo también estoy descubriendo mi parte artísticas.

Sara: ¿Qué estás haciendo?

Daniel: Me puse a hacer artesanías con palillos de colgar ropa y con escarbadientes. Pronto les voy a mandar alguna cosa. Y además estoy escribiendo. Sí, así como lo oís.

Sara: ¿Con palillos para colgar ropa? Ni hablemos. Algún día compraremos el lavarropas ¡qué invento bárbaro! ¿Estás escribiendo me decís?

Daniel: Sí. Poesías, Sara, aunque vos no me creas, estoy escribiendo poemas. Ojalá algún día te los pueda hacer llegar. Tal vez para tu cumpleaños o para el de la nena. Acá somos todos poetas. La poesía duerme con todos nosotros.

Sara: Debe ser una amante muy resistente *Risas*

Daniel: También escribo cuentos.

Sara: ¿Para eso es que me pediste los cuadernos?

Daniel: Sí. Uno es para mí, pero los otros los voy a repartir. Espero que no nos requisen lo que hacemos. Te extraño mucho.

Sara: Yo también.

Daniel: Te necesito tanto.

Sara: Nosotras también. Tu última carta me ha ayudado mucho. Es cierto Daniel, yo también me pregunté si podrás resistir. No sé si se pueden vivir tantos momentos de tensión en una misma vida.

Daniel se intenta acercar como para que nadie oiga lo que quiere decir a Sara.

Daniel: Sara, querida, ¿no te das cuenta que puedo resistir porque estás vos y Ana? Si no estuvieran, mi vida no valdría nada. ¡Cuánto me ayudás vos y la nena! Te quiero. Ahora tengo tantas ganas de tocarlo.

Se oye Tango. Ambos actores dejan su condición de preso y visita, y van a otro espacio del escenario. Daniel y Sara se ponen a bailar. Ella lo guía. El parece más torpe.

Sara: Podías haber aprendido a bailar tango allá adentro. Después de tantos años.

Daniel: ¿Aprender a bailar tango con aquellos pelados presos? Estás loca.

Sara: Alguien pudo haberles enseñado, ¿no? De panadero saliste bastante bueno. La verdad es que los pan con grasa y las pizzas te salen muy bien, pero lo que es el tango, tenés las polcas metidas en la sangre. *Risas.*

Daniel: Y los pies como papas polacas. Nunca fui bueno para nada y menos para el tango. Enseñame.

Sara: No digas pavadas. Dejate llevar.

Daniel: Vos siempre me llevaste por tu senda.

Sara: Porque vos te dejaste llevar.

Daniel: Te quiero.

Sara: Daniel.

La pareja se abraza y se da un beso en escena. Se oye griterío de festejo callejero. Sara se separa de Daniel y corre hacia la ventana.

Sara: ¡La gente va para 18! ¡Tenemos que ir! Tomamos un taxi y nos quedamos por ahí, por Ejido. Estamos cerca. No te preocupes, no vas a caminar mucho ¿Te duele la espalda? Mirá la muchachada. Hay banderas de

todos. Ya no hay más dictadura. *Mira al público.* ¡Viva la democracia! Tenemos que estar, Daniel... Nunca festejamos el final de la guerra vos y yo. Pesaban demasiadas cosas ¿no? Pero esto es distinto. No importa quién ganó. Lo importante es que hubo elecciones ¿no te parece? Los presos van a salir todos. No puede quedar nadie. Vamos Daniel, animate. Hacé un esfuerquito. Yo te ayudo. *Sara sale de escena.*

Daniel: *Del otro lado del escenario habla por teléfono.* Sí, claro, estuvimos con Sara por ahí por la intendencia. Yo ando bien. Me cuesta caminar, pero ando bien. Pero eso qué importa. ¿Cómo andás vos? ¿Cuándo vas a venir, hermano? Tenemos tanto de qué hablar. Decime y Pancho, ¿cómo salió? Sí. No, no supe nada ¿Y “El Negro Thelman”? Bueno, me parece bien. Sí, reunilos a todos y vénganse cuando quieran por casa. No. Salgo muy poco. Ya te dije que me cuesta caminar. El médico dice que capaz que voy a terminar en una silla de rueda. Pero eso qué me importa. No sabés la alegría que me das con esta llamada. No saber nada de ustedes me dolió. Sí, reunilos a todo y vengan. Llamá antes así preparamos alguna cosita... claro que me acuerdo de la panadería. Todas las semanas hago algo. Sara dice que aumentamos de talle de ropa todos los meses. *Risas.* También aprendí a hacer comidas típicas... ¡no, rusas no! Polacas, comidas polacas. Y Sara también puede preparar algo rico de lo que ella sabe. No se pierdan ¿oíste? No, de la bebida también nos encarg... bueno, está bien, si quieren traer esos mata caballo, traigan. Los hígados se lo van a recordar. Sí, claro que vamos a recordar tantas cosas. Chau, hasta pronto, hermano.

*Se oye nuevamente “Nabucco” de Verdi. Daniel vuelve a adquirir el rol de muy joven, en el momento de ser detenido en **Auschwitz**. Toda su escena es de coreografía y monólogo por espacio de lo que dura el tema (3 minutos aproximadamente). Es detenido y cae al suelo*

Daniel: ¡Déjenme en paz! ¡Madre, padre! ¿A dónde nos llevan?

Se levanta y camina como en procesión, lentamente y cabizbajo.

Daniel: ¿Por qué no hacemos nada? ¿Es la muerte la única forma de libertad?
¡Madre! Tú me lo dijiste siempre: es preferible morir en el intento. ¿Por
qué caminas ahora hasta las duchas, madre? ¡De ahí no vuelve nadie!
¡No entres! ¡Resiste! ¡Resistan! Yo lo haré, madre.

Daniel cae pero se vuelve a levantar con energía.

Daniel: Ya vienen los aliados. Saldremos. No quedan carceleros. Se han ido
todos.

*Daniel sale de escena a los tumbos. Entra Sara como jovencita. Su escena
también es de coreografía y textos sobre fondo musical de “Un bel di
vedremo” de Madame Butterfly de Puccini. La escena dura el tiempo
que dura el tema (4 minutos aproximadamente)*

Sara: ¿Padre, madre, adonde vamos? ¿Será seguro el puerto de Gdansk?
¿Viajaremos en barco?

Sara sube por la tarima que hace de puente.

Sara: No sabemos el idioma. No conocemos esos países. ¿Qué será de
nosotros? No es hoy el futuro que soñamos ayer, madre. Tengo miedo.
Sólo dios sabe qué pasará con nosotros.

Sara corre al otro extremo.

Sara: Estamos llegando, madre. ¡Miren, allá en el horizonte se recorta la
ciudad! ¿Cómo es esta gente, padre? ¿Cómo será la ciudad, madre?
¡Esa ciudad es nuestra nueva vida! Ya la estoy empezando a querer.

*Sara abandona su posición juvenil. El tema musical termina. Ella vuelve a ser
una mujer cuarentona. Se oye que golpean la puerta.*

Sara: Daniel, están llamando a la puerta. ¿Vos esperás a alguien?

*Daniel aparece también como un hombre cuarentón, nuevamente. Se dirige a
la puerta.*

Daniel: No, no espero a nadie. ¿Quién será a esta hora de la noche?

Sara va hacia el otro extremo del escenario. Daniel se sienta y adquiere una posición cabizbaja en penumbras. Ella actúa como si estuviera declarando ante un tribunal. Lo hace de tal manera que el público es comprometido como ese tribunal.

Sara: Se lo llevaron esa noche y estuvimos sin saber nada de él durante tres semanas. Mi hija y yo recorrimos todos los lugares. Nos mandaron a un lado y a otro, buscando entre oficinas y cuarteles. Nos hicieron esperar horas y horas, paradas. Nos trataron groseramente más de una vez. Pero lo peor es...

Daniel también se incorpora como si estuviera declarando ante un tribunal, haciendo su denuncia.

Daniel: ...la incertidumbre de no saber cómo estarían ellas, afuera, ni qué sabrían de mí. Eso fue lo peor. Al cabo de unos días recién me di cuenta del parecido de las situaciones, del parecido en lo esencial, no en los detalles. Yo volví a sentir el peor desenlace de un momento a otro, al tiempo que sólo me quedaba resistir y lo hice, lo hicimos, al menos yo me refugié en mis escritos y en mis sueños. Sara se refugió en la ópera que tanto quiere, y en casi una adicción que tiene al teatro y al cine.

Sara: Es que nos habíamos mudado para el centro y yo me hice socia de cuanto lugar era posible.

Daniel: Llegaba a ir una vez por día al cine.

Sara: Eso es lo que tiene la Cinemateca.

Daniel: Y el Cine Universitario

Sara: Y la oferta teatral de la ciudad.

Daniel: Cuando salí me contagié de ella *Dirigiéndose a Sara.* ¿Te acordás cuando me liberaron?

Sara hace como si hablara con su amiga Esther

Sara: Fue como un nuevo triunfo, silencioso, humilde, pero triunfo al fin.

¿Sabés una cosa, Esther? Daniel ha resistido tantas cosas. Su infancia fue muy dura allá en Polonia y luego **Auschwitz** que él no menciona mucho y de lo que cuenta menos. Yo misma no sé muchas cosas de esos tres años que él pasó en el campo. Sí, claro, salir de su país solo, así tan joven y sin familia no debe haber sido mejor. No, no hablaba nada de español *Risas* Y hacía cada metida de pata. Sí, siempre lo llamaron “ruso”. Bueno, a mí también. Ustedes los uruguayos son mandados a hacer para poner nombres. Los españoles son todos gallegos. Los árabes son todos turcos y nosotros, los que somos de la Europa nórdica, somos todos rusos ¿o no? ¡Ah, cuando lo liberaron! Sí, me llamaron por teléfono.

Suena el teléfono y Sara se levanta para ir a atender. Del otro lado de la línea está Daniel que habla desde el otro extremo del escenario.

Sara: Hola.

Daniel: ¿Sara?

Sara: Sí, ¿quién es?

Daniel: Soy yo, mi amor.

Silencio. Sara nerviosa, se sienta.

Sara: ¿Daniel? ¿Pero cómo es posible que llames? ¿Dónde estás?

Daniel: Estoy aquí en el centro, en la calle San José y... *Hace como que le pregunta a una persona.* Perdone, señor ¿San José y qué estamos? Ah, gracias. San José y Cuareim, en el bar de la esquina.

Sara: Pero... no entiendo.

Daniel: Me liberaron. Trajeron a un grupo de Libertad a la Jefatura y nos acaban de dar la libertad. No tenemos ni un peso, claro, y debo cortar porque hay varios para llamar. La gente aquí, del bar, ha sido tan amable. Nos prestaron el teléfono. ¿Podés venir a buscarme?

Sara: No te muevas. Voy para allá.

Sara corta, visiblemente nerviosa toma algunas cosas (cartera, abrigo)

Sara: Ana, querida, liberaron a tu padre. No, mejor quedate. ¿Podés arreglar un poco la casa? ¿Te encargás de la comida? No creo que me demore. No sé, menos de una hora. No, no llames a nadie. Vamos a ver qué dice tu padre. Yo también, hija. Hasta luego.

Sara sale de escena. Daniel está esperando, mirando para un lado y para otro. Sara entra en escena llegando al lugar. Se oyen sonidos de autos, voces y movimiento de bar. Ambos se miran intensamente y se van acercando muy lentamente. Él va tomando nuevamente posición de anciano y se dirige a la silla de ruedas. Ella también va tomando características de anciana mientras se acerca a él. Cuando están juntos vuelven al momento actual.

Daniel: Creo que fue el momento más fuerte de mi vida, Sara. No sé, pero lo siento más fuerte aún que cuando nos liberaron del campo. Entonces yo estaba como más ido. Mi mente era una nebulosa. No sé si sería el hambre o que aún era muy jovencito y la muerte todavía era sólo para los demás. Pero este otro momento fue tan conmovedor. Estabas vos, claro. Y también Ana que yo sabía que me esperaba. Qué importante es que alguien nos espere. Fue como sentir más fuerte las ganas de vivir. Quizá sea porque la muerte estuvo más cerca.

Sara: A veces me pregunto cómo se pueden vivir tantos momentos límite en una misma vida. ¿A vos no te parece? Sos fuerte, Daniel, aunque vos no lo digas.

Daniel: No sé si soy fuerte, pero sí, también me lo pregunto. Vos sos fuerte, también. Más que yo. Lo que pasa que quiero tanto la vida que la trato de vivir con todo en cada instante. No sé. Será por eso que nunca tuve deseos de guardar nada, de ahorrar nada. Todo está para usarse y consumirse y hasta el último momento de mi vida lo voy a pensar así.

Sara: De eso sé bastante. Ni la casa quisiste comprar. Pero Ana te vino a poner los pies en la tierra.

Daniel: Los pies, el cuerpo, la autoridad, todo. *Risas* Pero bueno, a la tierra vamos a ir un día y no sólo los pies van a ir ¿no?

Sara: Tenés setenta y ocho años, Daniel, y salvo tu parálisis, estás bien. Todavía podés tirar un tiempo más. En cambio yo.

Daniel: ¡Qué decís! Si sos menor que yo. ¿Cuánto te llevo?

Sara: ¿Ya te olvidaste? Dos años me llevás, pero vos no tenés cáncer.

Silencio. Él se acomoda en su silla, se toma la cara con las dos manos.

Daniel: Sara, por favor.

Daniel queda en penumbras. Sara se levanta y va a un extremo del escenario con los papeles de los exámenes que informan del tumor. Se sienta en otra silla. Ella está en la sala del médico oncólogo que ese día le dio la noticia de la enfermedad.

Sara: Gracias doctor. No se preocupe. *Se pone de pie.* Ahora voy a ir a mi casa. Sí, estoy bien. No, gracias, estoy con una amiga. Esther, acercate. Él es el doctor Mendizábal. Esther Weis, mi amiga.

Sara comienza a caminar muy lentamente. Se oyen pájaros, autos lejanos. Ahora va caminando por un parque como si fuera acompañada de su amiga.

Sara: Sí, parece que es un tumor bastante desarrollado. Los médicos... sí, fueron tres... hicieron como una junta y todos estuvieron de acuerdo en que hay que operar y luego hacer radioterapia, pero no sé. A veces pienso que la vida debe seguir el rumbo que toma y dejarla así. No tengo ganas de pelear, Esther. ¿Sabés una cosa? Lo que más me preocupa es Daniel. Depende mucho de mí y si se queda solo... pero bueno, Esther, tengo que pensar así, en estas cosas. ¿Qué querés que haga? No. Ana tiene su vida. No puede hacerse cargo de un inválido. Sí, quiero. Vamos a tomar un cortado. Me encanta. Vamos a la Nueva Hamburgo. Tienen un pastel de manzana que es... Vamos.

Daniel está semi acostado como si conversara con un médico en un sanatorio.

Daniel: ¿Entonces es definitivo, doctor? ¿Ni con fisioterapia voy a volver a caminar? Bueno, la verdad es que eso es lo que menos me preocupa. ¿Sabe lo que más me aterra? Sí, eso, cagarme encima. Yo sabía que esto iba a pasar algún día. Ya me lo habían dicho allá por el cuarenta y cinco. Bastante me perdonó la vida. Después de aquel golpe que me partió la vértebra siempre pensé que iba a quedar parálítico mucho antes. Todavía puedo ver el rostro del alemán que tendría unos años más que yo, tal vez dieciocho años, riéndose, mientras yo me revolcaba de dolor por el culatazo que me dio en la espalda, por la cintura. Sí señor. Pero ya ve, anduve... ¿Cuánto? Como cincuenta años más. ¡Ja, se jodió el muy cretino! ¡Claro que me molestaba! Todos los inviernos sufro de dolor. A veces me ataca la cintura. A veces el nervio ciático. La maldita humedad es lo peor. Pero aquel amigo traumatólogo ya me lo había dicho. La forma de operar era accediendo por adelante, en aquel tiempo, claro. Me iban a abrir como una naranja. No, ni loco. Entonces él mismo me aconsejó que con los primeros fríos me pusiera una bufanda en la cintura y eso hice. Siempre agradecí las bufandas. Para mis cumpleaños pido bufandas largas y cada vez que me preguntan para qué las quiero tan largas yo respondo que es porque tengo un cuello muy largo y suelo usar bufandas hasta la cintura. *Daniel se ríe.* Nadie entiende nada. ¿Usted dice que voy a poder controlar mis necesidades?

Si eso es así ya me arreglaré con esto de no poder caminar. Siempre quise ser un escritor y ahora voy a tener más tiempo para dedicarme a... sí, leo mucho también y me encanta la ópera. Sara, mi esposa, me contagió de eso. ¿Usted no ha escuchado “Nabucco” de Verdi, o “Madame Butterfly” de Puccini y el tema “O mio Babbino Caro” cantado por Ángela Gheorghiu ? No sabe lo que se pierde. Escuche algún día “Nessun Dorma” de la ópera Turandot, también de Puccini. Allí va a tocar el cielo con las manos. Créame, es terapéutico. Ahora vamos a ver quién me va a llevar a casa.

Entra Sara, toma la silla de ruedas, la acerca a Daniel y lo ayuda a sentarse.

Sara: Yo te voy a llevar ¿quién más, eh?

Sara camina un par de pasos empujando la silla y deja a Daniel, se pone frente a él otra vez con los papeles de los resultados de sus análisis.

Daniel: ¿Ves, querida? ¿Qué va a ser de mí si vos no estás? Si vos te morís yo me voy contigo. ¿Qué voy a quedar haciendo acá en este mundo?

Sara: Lo pensé. Tenés a Ana. Podemos instalarte en una casa de salud.

Daniel: Yo no estoy enfermo. ¿Para qué ir a esas casas, para amargarme con viejos y viejas que no saben dónde están ni cómo se llaman ni quién los visita? Me contó un amigo que tiene a su suegra como de noventa años que se pasa llamando a su mamá, pobre. Dice que hay otro que también es nonagenario y se pasa llamando a la enfermera con el nombre de su mujer y le hace señales para que, ya sabés, para hacer, bueno aquello...

Sara: Si, Daniel, entendí... todavía recuerdo ¿o no te acordás de la última vez? No fue hace tanto che.

Se oye Tango nuevamente y los dos actores se incorporan, rejuvenecen y bailan el tango con todo el mejor erotismo como paso previo a la escena en la que hacen el amor con toda la pasión.

Daniel: Sos la mujer más linda del mundo. Kochanie, (“amor”) kocham cie. (“te amo” *en polaco*)

Sara: Vos sos mi hombre. Du er min mand. Elsker mig, elsker mig (*mig* se pronuncia *mey*) (“Tú eres mi hombre. Ámame, ámame” *en danés*)

Termina el tango y ambos vuelven a sus posiciones originales de personas mayores.

Daniel: Yo también lo recuerdo. Acercate, Sara, mi amor.

Sara se acerca y la pareja se toca, se mira. Él la abraza por la cintura. De fondo vuelve a sonar el tango. Suena el teléfono. Sara va a atender. Daniel queda en la penumbra.

Sara: ¿Hola? Ana, hija, ¿cómo estás? No, recién volví. Me acompañó Esther. Papá está bien. Yo también. El médico me dijo que hay que seguir haciendo unos estudios. Bueno yo voy a ver qué hago, vos sabés que no soy partidaria de andar escarbando entre mis entrañas, hija. ¿Que tenés una novedad? Decime. ¡No! ¡Qué alegría! *Dirigiéndose a Daniel* Viejo, Micaela está embarazada. No hija, no me entra en la cabeza pensarme como bisabuela...

Daniel: ...y menos verla a ella como abuela. Ana sigue siendo nuestra beba ¿no? ¿Cuándo nacerá?

Sara: Tu padre pregunta cuándo nacerá. Ah, está de dos meses. *Dirigiéndose a Daniel.* Le dijeron que será en setiembre. Sí, Ana, vamos a estar acá, vení cuando quieras. ¿Te quedás a comer? ¿Venís con Micaela? Sí, claro, encantados. Las esperamos. Besos.

Los dos actores vuelven a tener posturas juveniles, caminan unos pasos como si estuvieran en un parque y se sientan en un banco de plaza.

Daniel: Esto es lo más maravilloso que puede sucedernos ¿verdad?

Sara: Sí. Estoy feliz. No nos podemos quejar. Es casi perfecto. Ha sido un embarazo buscado y lo voy a vivir durante el otoño y el invierno. Creo que es mejor. ¿No te parece?

Daniel: En esas épocas del año nunca estuve embarazado. *Risas.* Nacerá en primavera. ¿Qué nombre le pondremos?

Sara: Si es varón me encanta Ariel o Gabriel.

Daniel: Suenan como mi nombre. Pensemos un poco más.

Sara: Una de las cosas que más me gustó de vos cuando te conocí, fue la sonoridad de tu nombre. Me encantan los nombres que terminan con ele. Son como la miel.

Daniel: Eso nunca me lo dijiste. También pueden sonar a hiel.

Sara: Te lo estoy diciendo ahora ¿no? Y para mí jamás va a sonar con esa sabor amargo. Tu nombre es muy dulce.

Daniel: ¿Y si es una niña?

Sara: Ana. Quiero que se llame Ana

Hacen silencio. Miran serios al público.

Daniel: Sí, a mí también me gusta. Significa mucho ese nombre tan breve. Me gusta. Se llamará Ana.

Sara: ¿Cómo te la imaginas?

Daniel: ¿Me “la” imagino? ¿Ya estás diciendo que será niña?

Sara: No sé por qué lo dije. Será como ese sentido especial de las mujeres cuando están embarazadas. No lo sé. Pero yo me la imagina muy independiente, más bien pequeña, de ojos azules.

Daniel: Ana es un nombre hebreo.

Sara: ¿Importa mucho?

Daniel: Para nada. Nos gusta a los dos, suena bien y punto: Ana Rothberg

Sara: No me dejes afuera, Daniel. Se llamará Ana Rothberg Grois.

Daniel: ¿Te diste cuenta qué significan ese nombre y esos apellidos?

Sara: Claro que lo sé. Dice mucho.

Daniel: Siempre me gustó saber el origen de los nombres y de las palabras.

Ana significa “llena de gracia”; y Rothberg Grois significa “montaña roja grande”.

Sara: Al revés: “roja montaña grande”

Daniel: Sí, claro, pero suena correcto de la otra forma.

Sara: Parecemos esas versiones ridículas de los indígenas de las películas o el amigo del llanero solitario. O peor aún. Te pareces a ti mismo cuando estabas aprendiendo el español ¿te acuerdas? *Risas*

Daniel: ¡Terrible!

Sara: Y muy cómico. ¿Qué líos tenías con las palabras?

Daniel: No me hagas acordar. Todavía tengo que pensarlas muy bien a veces.

A ver. Una confusión terrible era entre “peludo” y “pelado”. ¿A quién se le ocurrió cambiar una sola letra para significados tan diferentes, no? Ni te cuento con “crear” y “criar”. Siempre tuve líos con los padres biológicos y los padres adoptivos y sobre quien creaba niños y quién los criaba. *Risas*

Sara: Otro lío fue cuando comentaste que te gustaba hacer pan y que algún día te gustaría aprender el oficio de panadero y que ese día habías preparado especialmente unos panes para la primera cena con mis padres ¿te acuerdas? Le dijiste a mi mamá que habías utilizado un quilo

de harina, levadura y dos “cucarachitas” de sal... Los amigos uruguayos saltaron de asco. *Risas.*

Daniel: Sí, me recuerdo. ¡Ah tus padres! Buena gente, claro. Pero ahora no me hagas acordar de tus padres Una vez que les dije que podían disponer de casa para “alejarse” y agregué que para nosotros sería un honor “alejarlos” en casa. ¡Qué terrible enredo! Me miraron como para no hablarme nunca más.

Sara: Enseguida comprendieron el error. Este idioma es endemoniado. Cuando se duchan se bañan. En la playa también se bañan. Cuando van a hacer necesidades, lo hacen en el baño. El danés es más sencillo, creo.

Daniel: Porque tú lo puedes hablar.

Sara: El polaco también es terrible.

Daniel: Reconozco que sí. ¿Ana aprenderá varios idiomas?

Sara: Español, por supuesto. Pero tal vez también termine teniendo nociones de danés, de polaco y hasta de hebreo. Deberíamos hablar en todos esos idiomas en casa...

Daniel: ¡Qué lío! Veremos. Lo más importante es que sepa los idiomas del corazón, de la humildad, de los silencios, de la solidaridad, de la vocación de servicio, de la ternura...

Daniel se arrodilla y pone su cabeza sobre el vientre de Sara.

Sara: Del amor, el idioma del amor ¿no?

Daniel: Sí, también, por supuesto.

Ambos vuelven a su posición de ancianos. Daniel está fuera de su silla. Sara se esfuerza por volver a Daniel a la silla de ruedas.

Sara: ¡Daniel, así no puedo! No tengo fuerzas para volverte a la silla. Ya no me dan los brazos y si encima no ayudás, vas a terminar en el suelo. A ver, agarrate de esta silla y ayudame un poco vos también.

Daniel hace un esfuerzo. La escena se vuelve grotesca entre una mujer mayor que intenta ayudar y un inválido procurando regresar a su silla de rueda.

Daniel: *visiblemente triste.* Si vos te morís yo me muero contigo. ¿No ves que sin vos yo no sirvo para nada?

Sara: Calma. Calma que ya te lo dije: la enferma de cáncer soy yo.

Daniel: Sí. Yo no quiero hacerme la víctima, pero también soy, como dicen ahora, un resultado colateral de tu enfermedad. Mirá lo que dije: daño colateral.

Los dos se ríen

Sara: Nadie nos pidió permiso para traernos al mundo. Ninguno de nosotros decidió el momento en que quería nacer. ¿Por qué no podemos decidir el momento en que queremos morir? A mí no me va a vencer la enfermedad. O me curo o...

Daniel: Sara ¿qué estás diciendo? ¿Estás hablando de quitarte la vida?

Sara: Estoy hablando de que si no me curo, el cáncer no me va a matar. Yo voy a decidir cuándo me voy a ir de este mundo ¿entendés? Tú me lo enseñaste. Más de una vez me has dicho que pensaste en esa posibilidad ¿o acaso no?

Daniel: *Asevera con la cabeza varias veces* Entonces me voy contigo.

Sara: Me tenés que ayudar.

Daniel: Es cierto, muchas veces yo también pensé en esas cosas. En **Auschwitz**, en el barco que nos trajo, en aquel infierno durante las

primeras tres semanas, en Libertad, pero no sé, siempre ganó la vida. Quizá nunca fui valiente como para... no sé. Tal vez no tuve a nadie que me ayudara a hacerlo.

Sara: Yo sé que la vida siempre es más fuerte, lo sé, por eso pienso que no puedo permitir que la muerte haga conmigo lo que se le venga en ganas. No quiero sufrir Daniel. No quiero que lo que me resta de vida sea un suplicio para que finalmente termine de todas maneras, solo un poco después. No me quiero ver consumirme. ¿Entiendes? No quiero, además, tirar abajo a nadie, ni a ti ni a Ana que ahora va a ver crecer su familia. Ella no debe saber nada. Me tenés que ayudar, Daniel. Sola no puedo. Necesito tu ayuda para decidir qué hacer.

Daniel: Lo que decidas estará bien. Yo te acompañaré ¿me comprendes lo que quiero decir? En la mesa de luz tengo...

Sara: Sí, lo sé. Pero no tengo derecho a... No tienes por qué hacer eso por mí. Yo no quiero que... Bueno, lo que tú decidas también estará bien.

Daniel: Al final de cuenta no le escapamos a nada. La vida vino así y nosotros la enfrentamos y la resolvimos. Esta también puede ser una manera de resolverla ¿no?

Sara: Podemos sentirnos dichosos que hemos vivido hasta estas edades, con amigos, con familia, con ideas y con afectos. Siempre una quiere un poco más, pero no es menos dichoso poder decidir hasta cuando ¿no?

Daniel: No nos ha ido tan mal, es cierto, a pesar de todo. Nos hemos querido tanto. Tenemos una hija, dos nietos y viene en camino una nueva personita ¡de la cuarta generación! ¡Qué maravilla! *Los dos hacen unos momentos de silencio y miran la lejanía.* Claro que los apellidos se perderán en las tinieblas de este mundo machista, pero igual seguirá habiendo una roja montaña grande...

Sara: Sí, una gran montaña roja...

Escena final. Se oyen ruidos mezclados de sirenas, bombardeos, risas, voces de personas, gritos. Se oscurece levemente el escenario. Sara toma su tiempo y se viste con algunos toques de elegancia, sombrero, chaqueta, pollera, y ayuda a Daniel a ponerse también elegante, con saco, corbata, zapatos y sombrero. Luego él va con su silla hasta un lugar y trae algo envuelto en un paño que simula un arma. En medio de los preparativos ella va al aparato de sonido y coloca el disco con el tema “Nessun Dorma” de la ópera “Turandot” de Puccini. Cuando comienza el canto, los ruidos se van apagando rápidamente, quedando sólo la música muy fuerte. Ella vuelve, toma una silla, se sienta al lado de él y ambos quedan tomados de la mano mirando serios la platea. Él desenvuelve sobre su falda el revólver insinuado.

Daniel: Te amo Sara. Ja kocham was. (“te quiero mucho”, en polaco)

Sara: Daniel...

Cuando la melodía está por concluir, la luz del escenario se va apagando lentamente y comienza a sonar el teléfono. El ruido del teléfono queda sonando fuerte unos cuantos segundos en medio de la oscuridad casi total, donde el público ve las dos siluetas insinuadas en el escenario, ella recostada sobre el hombro de él, ambos sentados, él en la silla de ruedas y ella a su lado. El teléfono deja de sonar y la oscuridad se vuelve total. Se encienden todas las luces. El escenario está sin personajes. Los actores salen y saludan.

Fin de la obra.

“Obra dedicada a las memorias

de la señora Filomena,

de su esposo Carlos

y de su hijo Horacio.”